

ro estos solo eran hijos del capricho, distracciones, pequeñas llamas pasajeras que se evaporaban al nacer.

La señora de Nevers pareció muy satisfecha con lo que supo por su amante tocante á las disposiciones del duque de Alençon, tanto porque guardaba resentimiento á Catarina de Médicis, que en la víspera de la Saint-Barthélemy la había tratado como á una chiquilla, cuanto porque detestaba al rey, que por poco mata al hombre que amaba: y en fin, porque para las mugeres de su humor, la intriga es siempre una diversion.

Lamole tuvo en efecto una nueva entrevista con el duque de Alençon aquel día, pues aunque éste estaba en la torre de Vincennes, no se le custodiaba con mucho rigor.

—El rey se muere,—dice el príncipe á su confidente, y la reina mi madre tiene una correspondencia muy activa con mi hermano Henrique, que es hoy rey de Polonia.

Es en él en quien ella quiere que recaiga la corona de Francia, lo que es injusto, pues Henrique ha aceptado solemnemente la de Polonia, y reina ya en Varsovia.

Felizmente tenemos buenos amigos que forman un partido poderoso. El rey de Navarra, prisionero como está, así como yo, en este momento maneja la cosa admirablemente. Gracias á sus consejos, el mariscal Damville acaba de ponerse á la cabeza de los reformados en el Langüedoc. Mi ciudad de Alençon suspira por mi presencia, y dentro de sus muros hallaré un buen y valiente ejército para marchar sobre Paris.

Pero para ir allá, será preciso ante todo, que la corte vuelva al Louvre, lo que no dejará de suceder tan luego como el rey haya cesado de vivir, es decir, en unos días mas, á ménos que suceda un milagro. Así, pues, amigo Lamole, tú y tus amigos estad listos á fin de que llegada la hora, marchemos bien acompañados.

Las cosas en efecto estaban en tal estado; solo el rey era el que no se hallaba tan próximo á su fin como lo creía su muy querido hermano.

Pero Lamole había pensado ya en ese inconveniente y para evitarlo, había hecho muchas visitas á Cosme Ruggieri y debía verlo aún aquella tarde misma para llevarle á la torre de Nesle.

Todo esto sentaba perfectamente en las costumbres de aquellos tiempos: costumbres de las cuales se puede formar una idea por las siguientes líneas de uno de los historiadores justamente mas estimados.

“Aun se encontrarán huellas de la galanteria antigua; pero degenerada en ambos sexos.

“Las mugeres, en vez de esos sentimientos que inspiraba en otras veces el heroismo, sacaban de la vanidad pruebas de adhesion, mayores que las que inspira el frenesí de la pasion. Era bello ver que á la primer señal de su querida se pre-

cipitase el amante á un rio sin saber nadar; hacer frente á las bestias feroces, hacer saltar su sangre con la punta de un puñal, para hacer ver á su dama la disposicion que había de amarla hasta la muerte.

“Segun el espíritu del tiempo, Henrique III, escribiendo de Polonia á la bella René de Rieux-Chateauueu y á la princesa de Condé, á quien amaba, “hacia sacar sangre de su dedo, y abria y cerraba la picadura segun lo necesitaba para empapar su pluma.” Los hombres en recompensa del sacrificio de su razon, al capricho de las mugeres, pedian mas de lo que el decoro permitia, y obtenian demasiado en una corte tan licenciosa.

“De allí nacia los zelos, el espionage, las confidencias, los cuentos, las intimidades, los susurros que deshonoraban al monarca y su familia á la faz del reino.

“Pero, ó los grandes se cuidaban poco entónces de la estimacion pública, ó no tenian las mismas ideas que nosotros del respeto que se debian á ellos mismos. Nada había mas comun que las incursiones tumultuosas del rey con toda su corte, tan pronto en las ferias que recorria bailando, cantando, insultando á mercaderes y curiosos, espuesto él mismo á la rechifla del populacho insolente; tan pronto en las casas de los paisanos en solemnidad de un casamiento, de un bautismo, ó de cualquiera otro motivo de regocijo. Cometia desórdenes que eran la materia de las chanzas del dia.

A esos desarreglos públicos, seguian los actos de religion estremada, tales cuales misas solemnes, procesiones augustas y pomposas. Pero por una mezcla profana, aquellos que acababan de asistir á esas devociones con todo el exterior del recogimiento, de allí, se trasportaban á la casa del astrólogo y el adivino, especie de gentes puestas en moda por la credulidad de Catarina de Médicis.

“Hombres y mugeres se daban citas clandestinas. Se componian filtros para hacerse amar y hechizos para vengarse.

“El mas famoso de aquellos astrólogos era uno llamado Cosme Ruggieri, Florentino; pasaba tambien por hábil envenenador.

“La reina madre y muchos otros señores, le protegian abiertamente, y de allí partieron sin duda las sospechas multiplicadas en aquellos dias en los que apenas moria una persona de distincion cuando ya se decia que había sido envenenada.

“Para los enemigos de ménos rango, se empleaba el asesinato, y para efectuarlo ni lugar, ni tiempo eran respetados.” (1)

A lo dicho ya, añadiremos que una de las principales operaciones á las cuales se entregaban en la casa de los astrólogos, y de las que ellos eran los inventores, se llamaba el *hechizamiento*.

Se queria uno deshacer de cualquier personage, se le hechizaba, es decir, que el astrólogo hacia en cera, la imágen de la persona que queria hacer morir,

(1) Anquetil: *Historia de Francia*.

después sobre aquella figura se hacían conjuros muy complicados, después de lo cual el astrólogo la daba á las personas que se la habían pedido no sin hacerlas pagar muy cara. Verdad es, que agregaba instrucciones de gran precio.

Si se quería que la persona representada por el figurín gozase de buena salud, se ponía dicho figurín bajo un capelo de vidrio, al abrigo de todo accidente, y la persona representada no sufría mal alguno.

Se quería que esa persona se volviese ciega, se clavaban alfileres en los ojos de la figura de cera: para ponerla sorda, se le agugeraban las orejas, y se la volvía infaliblemente muda, atravesándole ambos labios con el mismo alfiler.

En fin, cuando se quería matar á la persona representada, se introducía á la imagen un alfiler en el lugar del corazón, y la muerte era segura.

Como se vé, este era un modo muy cómodo de desembarazarse de importunos y el procedimiento tenía su buen precio.

Agreguemos aún que muy frecuentemente todo sucedía tal cual el astrólogo lo había predicho, principalmente cuando había sido bien pagado; pero es preciso decir también para inteligencia de los hechos, que esos honrados astrólogos eran médicos, y que los principales de entre ellos se entendían como ladrones en feria. Esto es lo que creemos, y así se explica y se dá la llave de los pretendidos hechizos.

Volvamos ahora á Lamole.

Este gentil-hombre pertenecía á su época; es decir, era crédulo, supersticioso y muy poco escrupuloso.

Según lo que había dicho el duque de Alençon, el rey estaba grave; pero él pensaba que sobre este punto, el duque de Alençon no podía saber más que lo que le decían, y desde antes de aquel día, había tenido ya la idea de ayudar en algo en aquel negocio para el cual se proponía ver á Cosme Ruggieri.

El personaje podrá parecer mal escogido después de lo que hemos dicho, á saber, que era abiertamente protegido por la reina madre; pero es preciso remarcar que los astrólogos, mágicos y hechiceros de aquel tiempo, estaban absolutamente en la misma condición de los abogados de hoy, pues es sabido que estos cumplen con la obligación, defendiendo de dos adversarios aquel que paga más.

Dirémos de paso, que esto no es una mala queja que hacemos de los abogados; sabemos perfectamente que al revestirse de su carácter magistral, hacen juramento de no defender una causa cuando esta les parezca injusta; pero también sabemos que nada hay más variable que el punto de vista, y que la *óptica lógica*, que se nos dispense el término, es excesivamente impresionable para ciertas gentes.

Así, pues, Lamole hacía el fin del día se dirigió á la casa de Ruggieri.

—Maestro,—le dice,—no ignoro que sois el protegido de mi señora la reina madre; pero no por ello dejo de creer que sois hombre de corazón é incapaz de traicionarme.

—Caballero,—contestó el astrólogo:—he servido á muchas gentes y jamás se me ha reprochado la más mínima traición.

—Y además, maestro, queremos indemnizaros generosamente.

—Bien, bien, caballero! no son necesarias tantas palabras al que sabe comprender.

—Véamos, maestro,—dijo Lamole depositando una bolsa bien llena sobre una mesa cerca de la cual estaba sentado:—decidnos, pues, qué es lo que pensáis del estado del rey nuestro señor Carlos IX.

—Hum!—dice Ruggieri, el mal es grande.

—Bien! pero toca ya á su término?

El astrólogo cubrió con ambas manos su cara, pareció reflexionar profundamente, después levantando la cabeza:

—Hijo mío,—dijo,—en el interior de monseñor el rey existe una lucha contra dos principios supremos; pero no habiendo examinando el caso de cerca, no puedo decir cuál se lo llevará.

—Ecsaminadlo, pues, maestro, pues esto es cosa de primera importancia.

—Eh! señor, no teneis en cuenta los peligros que de ello pueden resultar?

Lamole comprendió, que la bolsa que había puesto sobre la mesa, no estaba suficientemente llena, así es, que deslizó una segunda al lado de la primera, para quitar dificultades.

Ruggieri se levantó: echó los cerrojos de la puerta de su gabinete, y después volviéndose cerca de Lamole, le dijo á media voz:

—Trabajemos ahora, para monseñor el duque de Alençon.

—Ah! Adivináis, maestro.

—Es mi oficio, caballero.

—Servidnos, pues, esta vez, y os irá bien.

—Y así lo haré, caballero; pero es preciso tener prudencia, porque mi señora la reina madre es muy astuta.

—Pero no podré tener tal poder que neutralice vuestros encantamientos?

—Sobre eso, caballero, no reconocemos aún maestro: y para hacer prueba en el acto de nuestra ciencia, os dirémos, sin más discursos, que vos venís á esta casa para *hechizar* al rey.

Lamole palideció. Ruggieri decía verdad; pero el cortesano no se hallaba preparado á oírlo explicada con tanta rudeza.

—Y si eso fuera!—dijo él.

—Caballero, soy adivino; pero es preciso que cosas como estas, sean dichas netamente.

—Estamos solos, maestro?

—No hay quien pueda oírnos á cien pasos de distancia.

—Pues bien! maestro! estado definitivamente condenado el rey nuestro señor, qué es un día de más ó de menos?

—Un día, caballero! algunas veces, es ménos que un segundo, y otras, mas que un siglo.

—Ah! murmuró Lamole, que no comprendia el sentido de aquellas palabras.

—Sí, señor,—dice Ruggieri, que juzgaba la inteligencia del gentil-hombre.—En un día como este, un día es una cosa inmensa. Pues bien! todo puede adelantarse como lo quereis; pero para ello, es preciso entenderse bien.

—Pues bien, maestro, mostrad el camino, y marchemos con los ojos cerrados.

—Adelante—dijo el astuto charlatan.

—Adelante, ahora y despues, maestro, porque todos nosotros os tenemos por un poder supremo y os obedecemos, suceda lo que suceda.

Tales palabras no podian ser indiferentes al astrólogo: él era adicto á Catarina de Médicis: pero hacia algun tiempo que Catarina no pagaba: el dinero faltaba en la corte, y los judíos de quienes tanto necesitaban, se mantenian ocultos como topos.

Esto era verdaderamente desastroso, sobre todo, para gentes del humor de Cosme Ruggieri, que vendian sus servicios al peso y medida y no se ocupaban en dar crédito.

Así, pues, entre Catarina que no pagaba mas y Lamole que acababa de pagar dos veces, no podia ser dudoso el escoger, y Ruggieri declaró que estaba listo á ir á donde quiera que Lamole quisiese conducirlo.

Coconas, Henriqueta de Cléves y la reina de Navarra, se hallaban reunidos en la torre de Nesle, cuando Lamole llegó, llevando al remolque hasta cierto punto, al astrólogo, el cual iba bastante conmovido.

—Maestro Cosme,—dice el gentil-hombre gascon que tenia la excelente cualidad de no dudar nada; una vez que sois de los nuestros, el negocio debe de ir pronto y bien. Ante todo, vais á decirnos el día en que el rey Carlos IX debe fallecer.

—Caballero,—respondió Ruggieri,—no lo podré decir, sin consultar antes los astros, y para ello, no es este lugar conveniente; pero puedo afirmar, que el rey, á pesar de estar mortalmente enfermo, puede aún durar un año, y mas.

—Un año!—dice Coconas.

—Sí; pero por humanidad, podemos daros el modo de abreviar los sufrimientos de este muy honorable señor, y para eso estamos provistos de los objetos necesarios.

—Oh!—dijo la duquesa de Nevers,—sabemos que sois esperto en la composición de filtros; pero no siempre es fácil el usarlos.

—No queremos hablar de filtros, mi señora la duquesa: de cosas mas maravillosas que solo nosotros tenemos el don de prepararlas y que dan gran poder á quien las damos, sin que sea preciso aprocsimarse á las personas sobre las cuales se quiere ejercer. Pero es preciso entenderse ante todo, y como lo habeis dicho,—añadió dirigiéndose á Lamole,—es preciso que se me hable abiertamente, para obtener el resultado.

—Y así lo voy á hacer, maestro. Mi muy querida Margarita, no somos niños para que nos asusten palabras, y la señora duquesa nos ha enseñado que sabe dar pruebas de valor.

Margarita nada respondió. Era de la vida del rey de lo que se iba á tratar, y por corrompida que fuese la reina de Navarra, temblaba al pensar solamente que iba á ser cómplice en el asesinato de su hermano.

La duquesa era mucho mas enérgica.

—Cuando se quiere obtener un fin,—dijo ella,—es preciso querer los medios.

—Ademas,—replicó Lamole,—que esos medios son dulces y uno puede á su antojo retardar el efecto.

El astrólogo habia apercibido la vacilacion de Margarita, y temió haber dicho demasiado, porque sabia, que si bien Catarina de Médicis con frecuencia estaba en mala inteligencia con su hija, no era raro el verlas reunirse para efectuar cualesquiera intriga, y mas de una vez, Margarita habia llevado su complacencia hasta hacerse espia de su madre.

Pero como por otra parte él no era hombre de aquellos que devuelven el dinero que han recibido, ni de los que dejan escapar la ocasion de engrosar la suma, buscaba un medio para ponerse al abrigo de toda indiscrecion.

—Qué esperais, pues, maestro, para comenzar la operacion?—preguntó Lamole.

—Espero,—respondió tranquilamente Cosme,—que mi señora la reina, mi señora la duquesa, y vosotros, caballeros, estéis listos á prestar el juramento sin el cual no se puede esperar haya ningun resultado.

—Yo haré diez si es preciso!—esclamó Coconas,—y lo sostendré como conviene.

—No es eso un motivo para detenernos en el camino:—dijo la bella Henriqueta.—No es verdad, mi querida reina?

—Al punto en que estoy,—replicó Lamole con voz alterada,—si alguno de nosotros faltase, no me queda otro recurso para escapar del verdugo, que pasar-me el cuerpo con la espada.

—Qué es lo que dices, amigo?—esclamó Margarita horrorizada.

—La verdad, alma mia: la partida que jugamos es bella; pero aún no está ganada, y si la perdemos, mi cabeza será ciertamente la primera en caer.

—Oh! la ganaremos.... Sí, sí; tú tienes razon, tu vida está amenazada, ya van dos veces que han querido matarte..... No morirás, Lamole, ó moriremos juntos.

Lamole, en efecto, solo por milagro habia escapado á las emboscadas del rey, que le detestaba doblemente, como el favorito del duque de Alençon y como amante de su hermana.

—Han dicho, dice Anquetil, que Carlos IX, picado por las amistades poco decentes que su hermana Margarita entretenia en el Louvre y casi á sus ojos con

“Lamole, quiso un día hacer justicia él mismo, distribuyendo al duque de Guisa y á otros de sus confidentes, cuerdas para estrangular á aquel audaz á quien solo la suerte hizo evitar la emboscada.”

La enfermedad de Cárlos IX, era la que habia impedido hacer nuevas tentativas para desembarazarse de aquel hombre que odiaba, y su vuelta á la salud haria ciertamente correr nuevos peligros al amante de Margarita, lo que explica el ardor con que Lamole se habia arrojado á la conspiracion que tenia por objeto poner al duque de Alençon en el trono.

—Haréis, pues, el juramento, mi bella reina?—preguntó él llevando á los labios la mano de Margarita.

—Sí, sí... Quieren que mueras, y yo te defenderé.

—Haced, pues, la fórmula de juramento, maestro,—replicó Lamole.

Ruggieri se levantó, dió una vuelta por el aposento con las manos levantadas al cielo y pronunciando palabras que no pertenecian á ningun idioma conocido; despues se puso en medio de los cuatro personajes, y con voz lúgubre, les dijo:

—Vosotros los que estais aquí presentes, jurad por vuestra salvacion, delante del espíritu invisible que ahora se halla en medio de vosotros, el no revelar jamas de palabra, escrito ó cualesquiera otra manera, lo que ha pasado despues de nuestra llegada á este lugar, lo que pasará ahora y los hechos que de ello resultarán.

—Yo lo juro! yo lo juro!—esclamaron al mismo tiempo Lamole y Coconas.

—Yo lo juro!—dijo la bella duquesa, levantando su blanca y graciosa mano, la cual el gascon tomó y llenó de besos con transporte.

—Yo lo juro!—dijo á su vez Margarita con voz conmovida.

—Espíritu!—esclamó el astrólogo, te ordenamos el retener esas palabras!

Al decir esto, dió una vuelta sobre sí mismo; las luces de la habitacion se apagaron: una especie de espectro de llama apareció levantándose hácia el techo y desapareciendo luego: al mismo tiempo las luces se reanimaron como de por sí mismas.

Hombres y mugeres se aterrorizaron. Esa fantasmagoría que hoy no asusta ni aun á los niños, tenia en aquella época semi-bárbara, una influencia inmensa sobre la imaginacion de aquellos que la veían.

—Maestro Cosme!—esclamó Margarita,—en nombre de Dios, libradnos!

La duquesa estaba pálida, temblaba, y casi desmayada: Coconas habia puesto mano á su espada.

Solo Lamole habia guardado su sangre fria, no porque creyese menos que los otros en el poder del astrólogo, sino porque aquel poder le garantia el resultado de la peligrosa empresa en la que se hallaba comprometido con cuerpo y alma.

—No tengais cuidado,—dijo gravemente Ruggieri:—el espíritu que habeis visto, solo es de temer para los perjuros.

Dió de nuevo una vuelta alrededor del aposento como la primera vez, despues

sacó de debajo de sus vestidos una varita mágica y un sello de pergamino: con el extremo de dicha varita, tocó sucesivamente la frente de las cuatro personas presentes, despues la apoyó sobre la suya.

—Y ahora,—dijo él,—vos y yo estamos ligados por un lazo indestructible á fin de conseguir el resultado de la empresa de que se trata: el primero de nosotros que flaquee arrastrará á los otros.

Desarrolló en seguida el pergamino, que estaba todo cubierto de signos gero-glíficos, le estendió sobre una mesa; despues, volviéndose sucesivamente hácia cada uno de los cuatro puntos cardinales, hizo nuevos conjuros en un idioma ignorado, despues de lo cual, exclamó con voz bien acentuada:

—Acordaos de vuestro juramento!

—No queremos romperlo,—respondió Coconas:—marchad, pues, maestro, una vez que estais en tan bella senda.

No aparentó Ruggieri hacer gran caso á estas palabras: sabia que aquellas cuatro personas le pertenecian y que obtendria de ellas lo que quisiese, y como entre ellas habia una reina y una duquesa, se sentia dispuesto á querer mucho.

Sentado, pues, delante de la mesa donde estaba estendido el pergamino, examinó minuciosamente todos los signos, despues los combinó reuniéndolos horizontal, vertical y triangularmente. En fin, sacó de debajo de sus vestidos dos figuras de cera bosquejadas apénas, y una fina corta-plumas de acero puro, con la cual acabó de modelarlas.

—Terminada esta operacion, llamó la atencion de los cuatro personajes sobre los figurines.

—Es mi hermano! Es mi madre!—esclamó Margarita.

Es que Cosme Ruggieri tenia un talento maravilloso como estatuario; pero como amaba mas el oro que la gloria, no hacia mas uso de él que el que hemos visto.

—Oh! es bien el rey,—dijo la duquesa.

—Y es bien la reina tambien,—dijo Coconas,—que nos ha venido á buscar aquí, y cuando ya no necesitó de nosotros nos arrojó de sí desdeñosamente.

—Escuchad!—dice el astrólogo:—voy á daros á la reina madre y al rey su hijo: vedlos, os es permitido de hoy en adelante el imponerles muchos males, aún el de quitarles la vida. Pero para cada una de esas cosas, será precisa la cooperacion de nosotros cuatro; para obtener, pues, el resultado, serán necesarios cuatro piquetes de alfiler, ya sea en los ojos, en las orejas, en los labios ó en el corazon.

La reina de Navarra, la duquesa, y sus amantes, estaban enmudecidos: cada uno de ellos se preguntaba mentalmente, en qué manos irian á depositarse aquellas terribles figuras.

Lamole, que era el mas comprometido, hizo entónces un esfuerzo sobrehuma-

no y declaró que él guardaría en su casa aquellas figuras, y que, para cada operación que debía ser comun, las traería á la torre de Nesle.

Todo esto habia necesitado de mucho tiempo, así es, que cuando Ruggieri salió de la torre, era cerca de media noche; pero no dejó aquel lugar sin haber recibido ántes nuevas pruebas de munificencia.

Respecto á Lamole y Coconas, debian quedarse en la torre hasta la salida del día; así se habia arreglado el programa y nadie deseaba contravenirlo.

Cosme no habia salido de la torre por la puerta del agua: el digno astrólogo no era valiente y se decia para sí, que basta un solo instante para ahogar á un hombre, haciéndose la justicia de que un buen número de gentes no le querian y debian maldecirlo: lo que era cierto.

Salió, pues, de la torre por la puerta que dá al muelle, la cual casi jamas se abria, pues eran infinitos los cerrojos, barras de fierro, é ingenios que era preciso quitar, para poderla hacer rodar sobre sus goznes. En fin, se abrió para él y comenzó á marchar á gran paso para llegar al puente de San Miguel, atravesar la ciudad, pasar el puente de cambio y tomar al bajar la ribera derecha, su casa situada cerca del Louvre.

Hizo, pues, su camino sin tener ningun mal encuentro, lo que era raro en aquella época y llegó á su casa sano y salvo; pero en ella le esperaba una terrible prueba.

Catarina de Médicis no sabia con certeza lo que se tramaba; pero ciertos indicios habian despertado sus sospechas, y desde algunos dias, hacia espiar á Lamole de tal manera, que éste no podia dar un paso sin que ella no lo supiese. Así, pues, la reina madre sabia que á su vuelta de Vincennes, Lamole habia estado en la casa de Ruggieri y llevado á éste á la torre de Nesle.

Por un momento, le pasó la idea de ir á aquel lugar como lo habia hecho la víspera de la Saint-Barthélemy; pero reflexionó en seguida, que la intimidación era un mal modo para penetrar en el complot que sospechaba; así, pues, se fué á la casa de Ruggieri decidida á esperarle hasta otro día si era preciso, á fin de obtener de él la aclaración que deseaba.

Cosme llegó á la puerta de su casa con una viva satisfacción, tomó la aldaba y pegó dos golpes bien distintos.

—Mi señora la reina,—dijo la vieja gobernadora del astrólogo, la cual estaba iniciada en toda clase de misterios,—hè ahí á maestro Cosme.

—Id á abrir,—respondió la reina, y por vuestra cabeza tened la boca cerrada.

La gobernante obedeció escrupulosamente, pues casi como todo el mundo sabia que la reina madre no amenazaba en vano, de suerte que Ruggieri, al atravesar el pequeño salon en el cual ordinariamente recibia á sus clientes de cierta categoría quedó enteramente sorprendido de hallarse cara á cara con Catarina de Médicis.

—Mi señora la reina!—murmuró.

—Nosotros mismos, maestro Cosme: no esperábais tal visita, ya lo sabemos, porque tambien somos algo hechiceros y no podemos ignorar que por ahora, nadais en ciertas aguas que van hácia la torre de Nesle.

El astrólogo quedó aterrorizado; se creyó perdido, pues una vez que Catarina sabia de donde venia, ¿era probable que supiese algo de lo que se habia hecho?

—Es acaso extraño,—replicó la reina, que apercibió la turbación de Cosme,—que háyamos aprovechado en algo vuestras lecciones?

—Mi señora la reina, sois la mas hábil persona del mundo; así es, que nada me sorprende en vos.

—Dejémonos de palabras tontas, maestro Cosme; sabemos lo que valemos y no es preciso que se nos diga: lo que queremos saber por ahora, es, lo que habeis ido á hacer á aquella torre maldita que siempre ha sido lugar de maleficios.

—V. M. sabe que . . . todas las damas desean conocer el porvenir . . .

—Y sabemos ademas, que leis en ese libro; pero no se trata de eso, allí estaban Lamole, Coconas, esa gentil duquesa que tiene aire de desfallecer á la primera palabra que se la diga, cuando es capaz de habérselas con diez alabarderos, y en fin, nuestra hija la reina de Navarra. Semejante reunion para tan pequeño motivo, es increíble. . . . Cosme, quiero saber la verdad. . . . la verdad entera, y si me la ocultais, la sabré por otro conducto. Pero vos sois de los míos y quiero seguir guardándoos como tal; así pues, es de vos de quien quiero saberlo todo.

Ruggieri conoció que iba á ser atacado en sus últimas trincheras y el miedo le paralizaba: un sudor frio corria por su rostro, sus rodillas flaqueaban.

La reina madre se apiadó de él.

—Vamos, maestro Cosme,—le dijo,—no os asusteis así sin necesidad: á pesar de lo que ha pasado, os creemos siempre nuestro leal servidor, y lo vais á mostrar diciendo toda la verdad.

No se necesitó mas para que el astrólogo creyese á Catarina instruida de todo lo que habia pasado: cómo lo habia sabido? Esto era lo que no podia adivinar á pesar de sus pretensiones de hechicero; pero estaba persuadido de que ella lo sabia todo, ó al ménos, una gran parte. En consecuencia, solo una confesion hecha diestramente podria salvarle, y recurrió á este expediente.

—Mi reina y señora, si como lo esperábamos, nos hubiese sido permitido el callar, mañana os abriamos dicho todo. Entónces, todo lo sabriamos, miétras que ahora solo podrémos decir una parte.

—Bien, bien! adivinarémos lo demas, maestro. . . á no ser que lo sepamos ya, lo que no es muy dudoso.

Estas palabras acabaron de desconcertar á Ruggieri. Se arrojó á los piés de Catarina protestando su adhesión, y le contó todo lo que habia pasado, teniendo cuidado de pintarse él como fiel servidor de la reina madre, que solo habia entrado en aquel complot para conocer todas las ramificaciones y hacer todo patente á su amada soberana.

—Conque, habeis dado vuestra ayuda, Cosme, para llevar á cabo cosas tan monstruosas?

—Solo con el objeto de instruir á V. M. Además, he tomado todas mis medidas para que el rey nuestro señor muy amado, no resienta mal ninguno, lo mismo que vos, mi señora la reina, de todo lo que se ha hecho: los actos mas indispensables para el hechizo, los he omitido intencionalmente, así, pues, la operacion es nula, y para V. M. y para monseñor el rey, tiene la ventaja de que los conjurados la creen completa y buena; así es, que no ocurrirán á ningun otro medio culpable.

—Les pondremos en órden, Cosme, y por todo ello, os tendremos bien presente; pero no podeis quedar en el punto en que os hallais: es preciso que sigais este negocio para instruirnos hasta que lo creamos conveniente y pongamos fin; llegado este momento, os diremos lo que es preciso hacer.

Ruggieri prometió todo lo que la reina quiso. El sabia perfectamente que en suma, los conspiradores solo habian pecado intencionalmente, y que el hechizo solo era una miserable truhanería; así pues, iba á llevar al cadalso á personas, si no inocentes, al ménos mas tontamente crédulas que culpables; pero esto estaba tambien en las costumbres del tiempo. Se buscaba la fortuna por todos los medios posibles, salvo el hacer despues penitencia.

Catarina habia tenido la idea de hacer arrestar á los conjurados cogiéndolos en fragante delito en la próxima reunion que tuviesen; pero aun no era tierna, retrocedió á la idea de que su hija Margarita seria así entregada por ella á la cólera del rey, furioso ya con los desórdenes de su hermana.

Conocia además lo bastante el carácter caballeresco de Coconas y de Lamole, y estaba segura que no comprometerian á sus queridas, sucediese lo que sucediese; así es que se resolvió á contentarse con esas dos víctimas, salvo el amonestar severamente á la reina de Navarra, y buscar un poco mas tarde el modo de perder á la bella duquesa de Nevers.

Las cosas siguieron, pues, su curso; las reuniones en la torre de Nesle se hacian cada vez mas frecuentes. Ruggieri asistia á ellas con el pretesto de hacer los conjuros y de juzgar por el aspecto de los figurines, los progresos de la empresa.

—Esto va bien,—dijo un dia.—Para mañana, el último piquete de alfiler y antes de que concluya la semana, podremos decir: *El rey ha muerto! Viva el rey!* En cuanto á la reina madre.....

—Oh! maestro,—interrumpió Margarita,—no es bastante una muerte?

La duquesa dá con el pié impaciente.

—Querida reina,—dice,—olvidais que no se trata de vengar vuestras injurias sino tambien algo de las nuestras.

—Y así se hará replicó el astrólogo;—pero cada cosa á su tiempo. Mi señora la reina Catarina y su hijo el rey, no han nacido bajo la misma constelacion; pa-

ra cada uno de ellos es preciso un conjuro distinto. Por esta vez piquemos solo en la oreja á la reina con el alfiler.

Se decidió, pues, que en el próximo dia se daría el último golpe al rey moribundo.

Lamole llega muy temprano con las figuras de cera; encuentra en la torre á Henriqueta de Clèves y á Coconas que casi nunca se separaban, á fin de aprovechar los últimos dias de la ausencia del duque de Nevers.

Ruggieri no se hizo esperar. Margarita llega la última: estaba pálida, y por lo rojo que tenia sus ojos, era fácil comprender que habia llorado. Esto era efecto de que su razon se horrorizaba con la idea del crimen que iba á cometer, y luchaba violentamente con su pasion por Lamole.

Ruggieri tenia su calma habitual; pero era porque sabia lo que iba á suceder con motivo del conciliábulo y temia á la vez la venganza de aquellos que traicionaba y la necesidad en que tal vez Catarina se veria de comprenderlo en el número de los conjurados.

—Vamos, maestro,—dijo Lamole sacando los figurines de la caja en que estaban encerrados,—no perdamos un tiempo tan precioso.

El astrólogo tomó los figurines y repitió el conjuro que habia hecho ya muchas veces; despues, tomando de manos de la duquesa un alfiler de oro muy puntiagudo que ella habia mandado hacer para el objeto, le tocó con la varita en la punta y la cabeza, y le arrojó varias veces sobre un pergamino constelado que estaba delante de él; despues dijo:

—Ahora, es preciso que una mano de varon, y segura, dé el golpe en el lugar preciso que vamos á indicar.

Coconas y Lamole avanzaron á un mismo tiempo con el brazo estendido.

—Por Dios!—dijo el gascon;—ved aquí una mano que jamas ha temblado.

—Poco á poco,—dijo Lamole;—es verdad que ese mal señor por poco te mata; pero fué por torpeza y sin voluntad de hacerlo, mientras que á mí ha querido estrangularme como á un perro leproso.

—Es verdad,—replicó Coconas;—pero en tratándose una puñalada ó estocada no te cederé el paso como quiera.

Las miradas de los dos gentil-hombres se inflamaron; al ver la contraccion de sus músculos, sus manos cerradas y su actitud amenazante, se hubiera creído ver á dos atletas próximos á llegarse á las manos.

Lamole tomó el alfiler, y segun se lo indicó Cosme, atravesó el figurin de parte á parte. Un grito resonó en aquel momento: era Catarina de Navarra, que no pudiendo contener por mas tiempo su emocion, habia querido alejarse algunos pasos y acababa de caer desmayada.

Entre tanto, Catarina de Médicis habia hecho al rey moribundo todo lo que pasaba; pero el rey no habia recibido bien la noticia. Desde que ella le habia hecho transportar en litera de San German á Vincennes bajó el pretesto de que se

conspiraba, el real moribundo se quejaba amargamente de los sufrimientos inútiles que le imponía así su madre.

—No podían esperar á que yo muriese?—había dicho él.

Y mas tarde, acusó á Catarina de haber calumniado al rey de Navarra y al duque de Alençon, y de haberlos presentado sin poseer las pruebas del hecho que ella les imputaba. Esta vez se mostró el rey con las mismas disposiciones.

—Señora,—dijo, á las primeras palabras de conspiracion que pronunció Catarina;—no sabemos si nos puede dar muerte por medio de magia y de maleficios; pero lo que sabemos ciertamente es que, con sospechas é inquietudes, abreviais sin duda nuestros días.

—Pero señor, esta vez tenemos las pruebas, os las mostraremos, y veréis entonces que si maestro Ambrosio Paré no tiene ningún remedio eficaz para vuestra enfermedad, es porque ella no es natural.

—Y qué nos importa eso, si de todos modos debemos morir?

—Pero precisamente es lo que se trata de evitar, el que tal desgracia suceda y por eso es que os hacemos la guardia. Además, es preciso que os digamos que cuando quisisteis hacer morir á Lamole, ibais bien inspirado.

—Es, pues él quien quiere hoy hacernos pasar de la vida á la muerte?

—Hay también ese gascon, amante de la señora de Nevers que se dice ofendido por vos.

—Ah! maldito gascon! que no le pusiese en la cabeza la bala que le desolló la espalda!

—Hay aún otros, señor, y hubieseis visto cosas muy feas, si no hubiésemos tenido tan cerca á nuestro hijo Alençon, y nuestro yerno el rey de Navarra. Sobre esto, os diremos mas de aquí á dos días.

—Así, pues, no quereis hacernos gracia en nada?

—Queremos guardaros de perversos traidores, y cuando os preguntemos las pruebas de sus maldades, nos daréis gracias.

Se hallaba tan enteramente debilitado Carlos con la pérdida de su sangre, que no deseaba otra cosa que reposar; pero su madre tenía la actividad de ambos.

Volvamos á la torre de Nesle. A pesar de que los medios pronto y eficaces que se pusieron en juego para hacer volver en sí á la reina de Navarra, costó mucho trabajo á Ruggieri el lograrlo, y declaró ser el accidente tan grave, que no se podría sin peligro transportar la princesa á su casa. Como tenía en aquella torre un aposento, según ya lo hemos dicho, fué llevada á él: después de concluida la operación para la cual se habían reunido, Henriqueta de Clèves fué á ponerse á la cabecera de su amiga.

Cosme se retiró al momento.

Lamole y Coconas quedaron aún algunos instantes para asegurarse si el accidente no tenía otros resultados, después, salieron juntos por la puerta del muelle, diciéndose á media voz lo que tendrían que hacer al otro día; pero apenas

habían andado algunos pasos, cuando diez hombres armados que parecían salir de debajo de la tierra, les rodean y les notifican en nombre del rey, el que rindan sus espadas.

—Por Dios!—dice Coconas,—jamás la he enseñado á las gentes mas que por la punta!

Y se puso valientemente en guardia. Lamole hizo otro tanto; pero mientras cruzaban así sus aceros con los adversarios que tenían al frente, otros les cogen por detrás y los desarman: después, les conducen al torreón de Vincennes donde estaban el duque de Alençon y el rey de Navarra, y les encierran separadamente tratándolos con el mayor rigor.

Mientras se efectuaba el arresto de Lamole y Coconas, Ruggieri, instruido de una parte de lo que debía suceder, marchaba á toda prisa á su casa. Llega á ella bien pronto; pero esta vez no fué con Catarina con quien se encontró: apenas hubo pasado el umbral de su puerta, cuando un oficial de los guardias se le apareció acompañado de varias gentes de armas.

—Sois vos el físico Cosme Ruggieri?—preguntó el oficial.

—Sí, caballero, y en esa calidad he tenido el honor de recibir á S. M. mi señora la reina madre.

—No es nuestra intencion inquirir eso, y nos limitamos á daros orden de seguirnos.

—Yo!—dijo Cosme, palideciendo y asustado.

—Hola! maestro adivino,—dice el oficial riendo;—parece que esto no lo habías adivinado?

Estas sarcásticas palabras, pusieron á Ruggieri de nuevo en la vía de la cual acababa de separarse.

—Oh!—dijo haciendo esfuerzos para aparecer tranquilo,—esta es cuestion arrojada al aire y no quiero preguntaros mas sino lo que concierne al rey... porque me he hecho su guardian para con sus enemigos de este mundo y los del otro. Decidme, pues, ha dormido en esta última noche el rey?

—Por muchas horas,—respondió el oficial, al cual maestro Cosme empezaba á causarle respeto.

—Dios sea loado!... Y S. M. no ha vomitado ayer?

—No.

—Victoria!... Y S. M. no ha perdido hoy mas sangre que en los otros días?

—Siempre lo mismo.

—Y es un excelente indicio. Estoy, pues, á vuestras órdenes, caballero, y os seguiré á donde gustéis conducirme pidiéndoos por toda gracia que hagais saber á mi señora la reina madre el lugar en que esté detenido y que tengo que decirle cosas de mucha importancia.

Esto, sin duda no estaba en las órdenes que había recibido el oficial, pues nada respondió y se limitó á hacer señal al físico de marchar al medio de los hom-